

# Reflexiones

Padre Nicolás Schwizer

## Liberarse de lo antidivino... libre para Dios

Posiblemente, para cada uno de nosotros la libertad es el punto donde somos más sensibles. Toleramos muchas cosas fácilmente, pero que nos priven de la libertad nos parece el crimen por excelencia. Queremos ser nosotros los que decidimos nuestras cosas, queremos hacer lo que a nosotros nos gusta.

Libertad es la renuncia a toda esclavitud exterior e interior y a todo lo antidivino, para ser plenamente libre para Dios, para sus deseos y su voluntad. Así vemos dos dimensiones: libertad **de** y libertad **para**. Y la lucha por esa libertad es una lucha de liberación y una lucha de conquista.

Liberación de nosotros mismos y de las cosas del mundo. La lucha de liberación de todo lo antidivino va en dos direcciones: liberarnos de nosotros mismos, de nuestro egoísmo y liberarnos de nuestra esclavitud, de nuestras ataduras a las cosas del mundo.

**Tenemos que liberarnos del egocentrismo** en todos sus grados, desde la adoración del propio yo hasta las raíces más finas de nuestro apego al yo. Por eso, tenemos que librarnos de todo aquello que entorpece nuestro auténtico ser, nuestra verdadera personalidad.

Es la lucha de liberación de nuestro egoísmo y de nuestro yo caprichoso en todos los aspectos: la liberación de los complejos y angustias, de la tiranía de los instintos, de la enferma voluntad propia, de los desórdenes en la vida afectiva, de las faltas de temperamento y carácter.

Pero también debemos liberarnos de nuestras ataduras esclavizantes a las cosas de este mundo. Nuestro apego desordenado al mundo y sus atractivos es otra dimensión que nos impide ser libres para Dios.

Lo trágico es que los buenos no se esfuerzan por ser óptimos. Lo trágico es que los cristianos, que deberíamos ser testimonio, no tenemos el valor de ser los mejores, sino que hacemos demasiadas concesiones a la mediocridad, o más concreto, demasiadas concesiones al mundo.

Quisiéramos sentirnos bien en el mundo, disfrutar de sus placeres, pero al mismo tiempo también estar con Dios y gozar de sus delicias. Y así nos condenamos a nosotros mismos y a los que nos rodean, a la mediocridad. Es como sentarse en medio de dos sillas, lo que no resulta muy cómodo. *“No podemos servir a dos amos, no podemos servir a Dios y a las riquezas”* (Mt 6,24), nos advierte Jesús.

Hoy en día es enormemente difícil vivir en medio del mundo y no sucumbir ante el espíritu del mundo. El mundo con sus tentaciones extiende sus tentáculos hacia nosotros.

Los santos lo compararon con una telaraña que atrapa a los hombres y no los suelta más. No es nada fácil, conquistar una vinculación sana a las cosas y creaturas de nuestro mundo: que nos estimulen y nos desengañen y así nos conduzcan hacia el corazón de Dios.

La libertad del cristiano es fundamentalmente una libertad atada. No es la libertad de la hoja al viento que permanece estéril, sino que es la libertad de la semilla: enraizada en aquella tierra que la va alimentar y hacer crecer.

La libertad nos permite crecer. Pero para crecer tenemos que atarnos, enraizarnos. Y nuestro dilema como hombres es: o nos atamos como hijos a la voluntad de Dios, o nos atamos como esclavos a falsos dioses, a ídolos.

La libertad **de** significa, entonces, ser libres de todas aquellas ataduras que son cadenas y que me impiden crecer.

**La gran meta** de la educación de la libertad es formar personas interiormente autónomas, que sepan utilizar bien su libertad personal y sean capaces de nadar contra la corriente. Personas que aprendieron a hacerse independientes de la opinión de los demás, y a hacerse independientes también de los propios instintos.

¡Ojalá todos nosotros conquistemos, un día, la plena libertad de los hijos de Dios, capaces de decidirnos por los menores deseos del Padre!